

NEOLIBERALISMO Y PANDEMIA

Frei Betto

En el mundo actual las guerras, la pandemia y la devastación ambiental tienden a que aumente hasta 250 millones el número de personas con inseguridad alimentaria. Más de 30 países están amenazados de hambre por la pandemia. Cada minuto mueren de hambre en el mundo 11 personas. De Covid-19, siete. Son 15.840 al día las víctimas de hambre en el mundo. Casi 6 millones al año.

El “Informe Global 2020 sobre Crisis Alimentaria” de la ONU informa de que hay 318 millones de personas en 55 países que están en inseguridad alimentaria aguda. Muchas de ellas tienen para comer, pero no las suficientes calorías necesarias. Si tenemos en cuenta la ingesta calórica, el número de personas subalimentadas sube hasta 2.5 mil millones de personas. Agravadas por el Covid-19, las causas del hambre perduran: conflictos armados, condiciones climáticas extremas (desequilibrio ambiental), dificultades para acceder a la tierra y al empleo, y las turbulencias económicas.

La guerra es la causa principal del hambre: dos de cada tres personas (casi 100 millones en 23 países) viven en áreas de conflicto. La crisis económica y el agravamiento de la emergencia climática se suman al impacto de los conflictos armados. El vertiginoso aumento del desempleo global y las prolongadas interrupciones del ciclo de producción alimentaria que han tenido lugar en muchos países a lo largo de 2020 y desde el comienzo de 2021 han provocado un aumento del 40% en los precios globales, el mayor en los últimos 10 años.

Una dieta saludable cuesta de media cinco veces más que una dieta rica en fécula. De este modo aumenta la obesidad tanto en adultos como en niños. El mundo tiene hoy en día más de 2 mil millones de obesos. Los niños son los más afectados por la falta y la oferta de alimentación de mala calidad. En 2019 se diagnosticaron 144 millones de niños de menos de 5 años con un crecimiento atrofiado mientras otros 38,3 millones tenían exceso de peso.

El aumento del hambre y de inseguridad alimentaria en el presente año de 2021 también se debe a la desaceleración de la economía global por razón de la pandemia, agravada por las restricciones impuestas a la circulación de mercancías y personas, lo que aumentó el índice de desempleo. Los gobiernos deberían haber adoptado políticas de protección social con mayor eficacia.

Una de las metas de los Objetivos de Desarrollo Sostenible es erradicar el hambre en el mundo hasta 2030. Ante la realidad actual la perspectiva de alcanzar hambre cero es pesimista. Si se mantienen las tendencias, el número de personas afectadas por el hambre sobrepasará 1 mil millón en 2030.

América Latina y Caribe tienen el 8,5% de la población mundial. Entre 2000 y 2020 el hambre se redujo casi a la mitad en los 33 países de la región. De 73 millones de hambrientos se pasó, según la FAO, a 38 millones. Eso ocurrió gracias a los gobiernos progresistas que llevaron a cabo políticas sociales, programas de alimentación escolar y

ayuda a la agricultura familiar. En la actualidad, sin embargo, la inseguridad alimentaria aumenta. Ha crecido desde el 22,9 % en 2014 hasta un 31,7% en 2019.

No faltan alimentos en el Continente latinoamericano. Falta justicia. Hoy en día 84 millones de niños en América Latina y el Caribe dependen de la escuela para tener acceso a una buena alimentación. De ellos 10 millones sólo ingieren una refección mínimamente nutritiva al recibir la comida escolar. Actualmente el virus los ha excluido de la escuela y los acerca al hambre.

La CEPAL y la OIT calculan que el Covid-19 producirá más de 200 millones de pobres en América Latina y el Caribe, de los cuales 83 millones en extrema pobreza. El PIB del continente va a disminuir un 5%, debido a la paralización de los mercados interiores, disminución del flujo de las cadenas globales, caída de los precios de las materias primas e interrupción del trabajo informal de los migrantes. La crisis elevará la tasa de desempleo hasta el 11,5%, lo cual significa 12 millones de nuevos parados. A finales del 2021 serán 37 millones en la región.

Este gran *lockdown* provocado por la pandemia ha mandado al paro o al trabajo informal a 2.7 mil millones de personas, según un informe de la OIT. A nivel global el Banco Mundial calcula que la crisis de la Covid 19 puede añadir 70 millones de personas a los 632 que hoy día sobreviven en la pobreza extrema, es decir, con una renta diaria inferior a 2 dólares USA o mensual inferior a 60 \$.

El reverendo británico Thomas Malthus, en 1789, se equivocó al prever que, en los siglos siguientes, la producción de alimentos crecería aritméticamente (1-2-3-4) y la población geoméricamente (1-2-4-8). Habría más bocas que pan. Cuando se decía eso, el mundo tenía mil millones de habitantes. Hoy en día somos más de 7 mil millones y sobran alimentos, suficientes para saciar al menos a 12 mil millones de seres humanos. Por lo tanto, lo que falta es compartir. El hambre perdura porque hay muchas familias sin tierra y muchas tierras en manos de pocas familias.

Miles de millones de familias no tienen recursos para comprar comida, la cual ha dejado de tener valor de uso y, con el capitalismo, ha pasado a tener valor de cambio. Esa mercantilización del bien más esencial para nuestra supervivencia biológica es un crimen hediondo. Los agricultores ya no pueden llevar sus productos al mercado y venderlos. Tienen que entregarlos al intermediario, que los revende al sistema que los procesa, transporta, empaqueta y distribuye a los puntos de venta minorista.

Hoy son los bancos, las multinacionales y los fondos de pensiones los que dominan el mercado de alimentos y promueven especulaciones por medio de derivados de productos básicos. Cuando se da una interrupción en esa cadena, los agricultores se ven obligados a quemar o enterrar sus productos. Un crimen de lesa humanidad practicado en homenaje al dios Capital.

La pandemia favorece a los más ricos

Entre 2016 y 2020 la economía global ha crecido un 10,7% y el número de multimillonarios un 52,2%. El aumento del PIB en China de un 31,3% ha elevado la cantidad de sus multimillonarios un 295%. Según el índice Bloomberg el patrimonio de los dueños de las 500 mayores fortunas del planeta aumentó casi en 2 billones de dólares en 2020. La lista está liderada por ejecutivos de empresas de tecnología y artículos de lujo.

El economista Michael Roberts afirma que un número muy reducido de personas (menos de un 0,1%) posee un 25% de la riqueza mundial. Apenas un 1% de las familias tienen un 43% de la riqueza global, el 10% siguiente, el 81%, y en cuanto al 50 % del resto, solamente el 1%. El 1% de la cima está compuesto por 52 millones de multimillonarios en riqueza líquida (descontadas las deudas). Dentro de ese 1% hay 175.000 personas super ricas, porque cada una se queda con más de 50 mil millones de dólares en riqueza líquida. A finales de 2019 la Unión Europea y Europa – que tiene apenas el 17% de la población adulta mundial – concentraba el 55% de la riqueza global total.

En la caída de la riqueza total, la región más afectada ha sido América Latina, donde las desvalorizaciones monetarias han reforzado las reducciones del PIB en dólares, con el resultado de una pérdida del 12,8% de la riqueza total en dólares. La pandemia también ha detenido el esperado crecimiento de la Unión Europea y ha provocado pérdidas en todas las demás regiones, excepto en China y la India. Entre las principales economías mundiales el Reino Unido ha sufrido la mayor erosión relativa de la riqueza.

En resumen, miles de millones de personas no tienen riqueza monetaria ninguna y la distribución de la riqueza personal mundial refleja un mundo en el que algunos gigantes, como Gulliver, miran hacia abajo y contemplan una inmensa masa de liliputienses...

Según el economista Thomas Piketty un impuesto mundial del 2% sobre las fortunas por encima de los 10 millones de euros rendiría diez veces más: un billón de euros anuales, o sea el 1% del PIB global, que podría distribuirse a cada país en proporción a su población.

Una medida urgente sería implementar la renta básica universal. Si dividimos el PIB mundial (calculado en 84 billones de dólares) entre los 7.2 billones de seres humanos, llegaríamos al valor anual de 11.667,00 dólares USA per cápita, o sea, que cada persona dispondría de 972,25 dólares USA al mes.

Esa radiografía es contraria a quien cree que la humanidad saldrá mejor de esta pandemia. Cuando el Titanic empezó a hundirse los más ricos no se preocuparon con el prójimo. Corrieron para los botes de salvamento, sin importarse con quien no tuvo el mismo privilegio. Es, por tanto, un desafío urgente trabajar en pro de la cultura del cuidado y de la solidaridad. Necesitamos urgentemente conquistas básicas como alimentación, educación, salud, acceso informático para todos, energía limpia y uso sostenible de la Tierra.

Ética en tiempos de pandemia

La pandemia causada por el coronavirus vino a nivelar la humanidad. Y a suscitar serias cuestiones éticas. No hace distinción de clase. Se trata, ahora, de enfrentar un enemigo invisible que exige urgente movilización global para detener su avance. Y es en estos momentos de crisis cuando las personas se revelan como son.

La cuestión ética fundamental que la pandemia trae es en relación al valor de la vida humana. Para el capitalismo es cero, a menos que cuente con elementos valioso para el mercado y esté robustecida por bienes patrimoniales y financieros. Prueba de ello es el abandono humano en nuestras ciudades, cuyas aceras se llenan de personas desharrapadas que sobreviven de la caridad ajena. Son ignoradas y, al cruzarse con ellas, mucha gente evita acercarse y recela del mal olor o el contacto.

Supongamos que una de ellas gane una fortuna a la lotería y poco después aparezca a bordo de un reluciente Mercedes Benz. Inmediatamente pasará a ser considerada con respeto y envidia por quienes lo ven. He aquí el nivel antiético al que el sistema capitalista nos conduce: valemos por lo que tenemos y no por el mero hecho de ser seres humanos.

Ahora, el espectro de la muerte nos nivela. La letal devastación que ha ocurrido ocupa prácticamente todos los boletines de noticias. Todos estamos obligados a redimensionar nuestros criterios, valores y hábitos. Hasta las naciones más ricas descubren que el dinero no es suficiente para evitar la pandemia. Sólo la ciencia es capaz de detenerla, pero estaba muy ocupada en descubrir cómo aumentar las ganancias de las empresas de cosméticos, al paso que faltaban recursos para combatir el hambre y el calentamiento global.

La pandemia nos plantea serios dilemas éticos. En muchos países médicos y enfermeros tuvieron que optar entre un u otro paciente, debido a la falta de equipos y recursos que no eran suficientes. Y nuestros parientes y amigos infestados tienen que sufrir solos en los hospitales, sin que podamos consolarlos, excepto con el teléfono móvil cuando todavía no han sido intubados.

En cuanto a los fallecidos no tenemos el derecho de llorarlos en el velatorio y ni siquiera cumplir el deseo de cada uno de ser enterrado o cremado con tal ropa o símbolo religioso. Como si fuesen anónimos son desechados, como ocurría en la Edad Media con los infectados por la peste. Están prohibidos los ritos fúnebres. De este modo el Covid-19 roba la dignidad de la muerte. Y nos apuñala al obligarnos a permanecer separados de quienes somos más próximos. Es una triple muerte: la individual, del paciente; la familiar, de los ausentes y la social, causada por la prohibición del velorio, entierro y rito religioso.

Otra dimensión ética suscitada por la pandemia es el conflicto entre solidaridad y competitividad. Todos conocemos gestos meritorios de solidaridad que buscan mitigar nuestro aislamiento y fomentar el auxilio de las víctimas, como el de la joven del apartamento 404 que todos los días hace la comida de la anciana del 302 que se vio obligada a dispensar a la cocinera; o el del empresario que distribuye comidas calientes a los vecinos de su vecindario; o la del universitario que se presentó como voluntario en un hospital dispuesto a cargar hamacas y limpiar enfermos.

Hay que destacar también la solidaridad entre países que han enviado recursos a otros pueblos, especialmente la de Cuba, que desplazó centenares de médicos para reforzar la ayuda en Italia, Andorra, Togo, Perú y en otros muchos países.

No obstante, habló más alto la competitividad, valor supremo del capitalismo. El chino Jack Ma, fundador de la plataforma de ventas *on line Alibaba* y uno de los hombres más ricos del mundo ofreció gratuitamente kits de tests para diagnosticar la covid-19 y respiradores a muchos países, incluyendo Cuba. Sin embargo, la compañía aérea que había de hacer el transporte era de bandera norteamericana, y la Casa Blanca, desprovista del más mínimo sentido humanitario, se valió del genocida bloqueo impuesto a la isla del Caribe para impedir que el cargamento llegase a su destino.

En nombre de caprichos políticos se sacrifican naciones. Algo parecido ocurrió con el gobierno de Bahía, en Brasil, que compró equipamientos de China por valor de 7,5 millones de dólares. Al pasar el barco por los Estados Unidos, el gobierno de la nación imperial se apropió del encargo.

Espiritualidad cristiana en la pandemia

La espiritualidad de Jesús tenía como característica principal el *compromiso con los pobres*. ¿Por qué hizo opción por los pobres? Nadie elige ser pobre. De hecho, todo pobre es un empobrecido, víctima de la injusticia social. La pobreza es siempre un estado de carencia y no hay en la Biblia un solo versículo que diga que es agradable a los ojos de Dios. Ser pobre es estar privado de los bienes esenciales para la vida. Y la vida es el mayor don de Dios. Por lo tanto, la pobreza es un mal, fruto de la injusticia, pero el pobre es bienaventurado porque Dios asume su causa.

Una lectura atenta del Evangelio muestra que en el movimiento de Jesús solo se veía pobre, marginalizado enfermo o quien hiciese opción por los pobres. Curiosa la reacción de los que no eran pobres – el doctor de la ley, Nicodemo, Zaqueo, el hombre rico, etc. – cuando encontraron a Jesús: “¿Qué tengo que hacer para ganar la vida eterna?”. Aun tratándose de la salvación predominaba el interés individual. Ya los pobres querían asegurar vida en esta vida: ver, usar la mano, resucitar como ocurrió con Lázaro, andar, curar a una hija o parar la hemorragia,

Jesús traía vida concreta, física, material como señal de la vida en plenitud prometida por Dios. En ese sentido su revelación de Dios fue fundamentalmente política. El Dios en que Jesús creía no admite ningún orden político que niegue el derecho a la vida. “He venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10,10).

La pandemia del Covid-19 es una seria amenaza para la vida humana. ¡En agosto de 2021 el número de muertos por el Covid ya alcanzaba los 4,5 millones! Además de este genocidio hay que considerar los efectos colaterales: desempleo, secuelas en la salud, quiebra de emprendimiento, reflujo de las economías, desestabilización del sistema escolar, imposibilidad de celebraciones litúrgicas presenciales, etc.

¿Qué haría Jesús en una coyuntura como esta? Ciertamente asumiría tres actitudes:

- 1) Denunciar las causas de este genocidio: la aparición del virus por desequilibrio medioambiental, la inoperancia de algunos gobiernos, el desmantelamiento del sistema público de salud, la selectividad social de las víctimas, etc.
- 2) Promover acciones eficaces de solidaridad con las víctimas y sus familias y con los sectores más vulnerables de la población; organizar movimientos y movilizaciones en favelas y áreas pobres para disminuir el sufrimiento de sus habitantes; promover la distribución de cestas básicas y productos de higiene; estimular la creación de cocinas comunitarias; impartir cursos de profesionalización a las personas desempleadas; facilitar el acceso de los más pobres a los recursos de internet, etc.
- 3) Repensar nuestra misión como discípulas y discípulos. ¿En nuestras escuelas concienciamos a los alumnos sobre la dimensión de la crisis del medioambiente en la línea de la encíclica *Laudato Si*? ¿Nuestra evangelización es meramente exhortativa o también es movilizadora en favor de los pobres y en pro de la justicia?,

Son cuestiones que debemos responder con una espiritualidad de compromiso libertador, en la línea de “Iglesia en salida” tan requerida por el papa Francisco y no encerrada en su burbuja de comodidad y omisión, lejos de los pobres y con miedo de desagradar a los ricos.

¿Qué hacer?. La práctica de Jesús (Marcos 6,30-46)

En cuanto al modelo de sociedad que debemos buscar, el paradigma se encuentra en Marcos 6.30 a 46). El texto dice:

“Los apóstoles volvieron a Jesús y contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: Venid vosotros solos a un lugar solitario para descansar un poco, Porque eran tantos los que iban y venían que no tenían ni tiempo para comer”.

A partir de un momento determinado la militancia de Jesús ya no dependía apenas de su protagonismo. Jesús había compartido el poder. Los apóstoles habían recibido formación y salieron a compartirla. Al volver rindieron cuentas al Maestro. Éste consideró que merecían un poco de descanso. Sin embargo, mucha gente quería acercarse a Jesús y él y sus compañeros “ni tenían tiempo para comer”.

Fueron en la barca para un lugar desierto y apartado. Pero el pueblo vio cuando partieron y percibió hacia donde se dirigían. Entonces, de todas las ciudades, muchas personas hicieron el mismo recorrido y llegaron antes.

El asedio continuó. El pueblo no dejaba en paz al grupo de Jesús. La novedad tenía gran fuerza de atracción; en nombre de Dios Jesús convencía a enfermos y pobres de que no eran “impuros”. Desplazaba a los marginados hacia el centro. Las puertas del Reino se les abrían.

Al desembarcar vio Jesús un gran gentío y sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles muchas cosas.

“Tuvo compasión. El verbo griego usado por Marcos es *splanchnizomai* y significa “movido por una compasión que brota de las entrañas”. La empatía de Jesús ante aquella gente desamparada era muy fuerte, “ovejas sin pastor”.

Esto recuerda las palabras de Moisés al pedir a Dios un sucesor “para que la comunidad de Yahveh no quede como rebaño sin pastor” (Números 27,17). El elegido fue Josué. Los nombres de Josué y Jesús coinciden. Se puede identificar a Jesús como sucesor de Moisés. Más aún, el propio nombre de Jesús, basándose en la transliteración griega del nombre hebreo Jehoshua, significa “el Señor salva”.

“Y se puso a enseñarles muchas cosas” apunta Marcos. Sin embargo no nos dice lo que Jesús enseñó. De hecho, el propio evangelista no nos escondió las enseñanzas de Jesús. Optó por transmitirnos las lecciones de Jesús al describir lo que él hizo y no tanto lo que él habló. La acción habla más fuerte que la predicación.

Realmente Marcos no se interesa en transmitirnos lo que Jesús decía sino lo que hacía. Al contar la práctica de Jesús el evangelista nos comunica las enseñanzas de Jesús.

Como se hacía tarde, los discípulos se acercaron a Jesús a decirle: “El lugar está despoblado y ya es muy tarde. Despídelos para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno y se compren algo de comer. Jesús les replicó: “dadles vosotros de comer”.

Como estaba anocheciendo, ante la multitud desamparada, los discípulos optaron por la sugerencia más cómoda, despedirlos a todos para que fuesen a comprar algo para comer. Actitud muy de moda todavía hoy, principalmente en la Iglesia, cuando algunos predicadores proclaman palabras de vida eterna y se callan ante las necesidades de supervivencia de las personas. Alegan que la Iglesia nada tiene que ver con las carencias del pueblo y los problemas sociales y dicen que eso es problema del Estado. De este modo muchos cristianos se cruzan de brazos ante muchedumbres sin techo, sin tierra y sin trabajo.

¿Cuál fue la reacción de Jesús? Exactamente contraria a la sugerencia de los discípulos. “Vosotros tenéis que darles algo de comer”. O sea, el hambre del pueblo es también un problema que la Iglesia y los cristianos tienen que afrontar y solucionar. No en el sentido de presentar proyectos técnicos y económicos para garantizar alimentos para todos. Pero sí presionando a los gobiernos para los derechos más elementales de la población – alimentación, salud y educación – sean prioridades en los presupuestos y en la administración.

Los discípulos preguntaron: “¿Tenemos que comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?”. Jesús preguntó: “¿Cuántos panes tenéis? Id a ver”. Ellos lo averiguaron y le dijeron: ” Cinco panes y dos peces”.

La segunda reacción de los discípulos fue muy asistencialista. ¿Vamos a gastar doscientos denarios de nuestra caja común en comprar alimentos para toda esta gente?

Típica de gente acomodada que imagina que los problemas sociales pueden solucionarse con donativos.

El denario era la moneda de mayor circulación en el Imperio Romano. Hecha de plata, tenía grabada por un lado la cara del emperador; alrededor de su cabeza la inscripción “Tiberio César, Hijo Augusto del divino Augusto. Pontifex Maximus” (que significa Pontífice Máximo, sumo sacerdote, epíteto aplicado más tarde al papa). Del otro lado la imagen de Livia, madre del emperador, sentada sosteniendo un ramo y un cetro.

Los judíos rechazaban el denario porque representaba el dominio romano y culto pagano al emperador. Un denario equivalía al valor del salario diario de un trabajador. Por tanto el precio de los alimentos para toda aquella gente equivaldría a muchos días de trabajo.

La lógica del Reino (compartir) difería de la lógica economicista de los discípulos (comprar). Jesús no quiso saber cuánto dinero tenían. La línea de pensamiento de los discípulos era el mismo que todavía hoy encontramos con frecuencia: “los pobres me dan pena. Si fuese rico o ganase en la lotería procuraría ayudarlos”. ¡Como si la pobreza en el mundo fuera resultado de la falta de dinero! Es resultado de la falta de justicia y del compartir. Brasil, por ejemplo, puede no tener dinero, pero tiene bienes; es uno de los cuatro mayores productores de alimentos del mundo, el primero en producción de carne y frutas, y sin embargo hay familias que pasan hambres y niños desnutridos.

Por lo tanto, la lógica de Jesús lo llevó a preguntar: ¿cuántos bienes tenemos?. Los discípulos verificaron que disponían de cinco panes y dos peces.

Ahora bien, 5 panes y 2 peces = 7- Si escribo 8 todo el mundo sabe que se trata de ocho unidades. Si escribo un ocho acostado muchos saben que no se trata de mala caligrafía y sí del símbolo del infinito. Ahora bien, así como el 8 acostado significa infinito, en la Biblia el 7 significa mucho, lo que no se puede contar. En la primera página del *Génesis* (2,2) consta que Yahveh creó el mundo en siete días. Eso quiere decir que la Creación se dio en un largo proceso evolutivo.

En el *Evangelio de Mateo* (18,22) Jesús afirma que nuestros pecados serán perdonados no sólo siete veces, “sino hasta setenta veces siete”, para expresar la infinita misericordia de Dios.

En resumen había allí – donde se encontraban Jesús y sus discípulos con una muchedumbre (cinco mil personas nos informa Marcos al final del episodio) – había muchos panes y muchos peces. Eso parece obvio. Si hoy en día una muchedumbre se reúne en la plaza principal de la ciudad, inmediatamente aparecen vendedores ambulantes con las ofertas más variadas; perritos calientes, pasteles, empanadas, dulces, refrescos etc. Lo mismo, con seguridad, ocurrió en el sitio donde se encontraban Jesús y sus discípulos. La diferencia es que no había carritos para transportar panes y peces. Fueron llevados en cestos.

Herodes Antipa, con los notables de Galilea, organizó el banquete de la muerte en se tramó el asesinato de Juan Bautista. Jesús organizó, con el pueblo hambriento, el banquete de la vida donde ocurrió el “milagro” de compartir los bienes.

Jesús mandó que todos se sentaran sobre la hierba verde divididos en grupos. Todos se sentaron formando grupos de cien y cincuenta.

Jesús tuvo que haber leído a Pablo Freire... Porque tenía una pedagogía excelente. Para que el pueblo resolviese el problema del hambre rechazó la propuesta de los discípulos de comprar alimentos y sugirió que todos se organizaran para compartir. Y todos formaron “grupos de 100 y 50”. Sin organización no hay movilización. Y sin movilización los problemas no encuentran solución.

Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendijo, los partió y se los dio a los discípulos para que los distribuyeran. Y también repartió los dos peces entre todos. Las cinco mil personas comieron y se saciaron. Y todavía se recogieron doce cestos llenos de pedazos de pan y de peces.

Detalle interesante – “todavía recogieron doce cestos llenos de pedazos de pan y de peces”. Ahora bien, si al final de todo, los alimentos que sobraron llenaron doce cestos, ello prueba que allí había muchos más panes y peces para venderlos a la muchedumbre.

Alguien podría objetar que estoy negando el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Nótese que, en ningún momento, aparece en el relato de Marcos la palabra multiplicación. Eso aparece en subtítulos de algunas ediciones del Nuevo Testamento. Y los subtítulos no forman parte de los textos de los Evangelios. Son añadidos de los editores para facilitar la lectura. En la Biblia que estoy ahora usando (Biblia Sagrada, edición pastoral, de la Sociedad Bíblica Católica Internacional en colaboración con la editorial Paulus) el subtítulo coincide más bien con el episodio narrado: el banquete de la vida.

No hubo magia y sí milagro. Milagro es el poder divino de alterar el rumbo natural de las cosas. Tal poder actúa sobre todo en el corazón humano. Por tanto sí hubo milagro: el de la economía del compartir. Jesús indujo a los vendedores ambulantes, portadores de cestos, a que compartiese sus bienes, los panes y los peces.

Cabe observar que todos los milagros de Jesús fueron de revitalización de algo preexistente: la niña resucita, el mudo vuelve a hablar, el ciego vuelve a ver. No hay ningún milagro de añadir algo, como por ejemplo encontrar a un hombre que no tuviera un brazo y hacer el “milagro” de que recupere el miembro.

En seguida mandó a los discípulos que entrasen en la barca para que llegasen antes que él a la otra orilla junto a Betsaida, mientras él despedía al pueblo. Y despedido el pueblo, subió a la montaña a orar.

La lógica del compartir encantó al pueblo. Y, posiblemente, movió la vanidad de Jesús. Por eso “subió a la montaña a orar”. La oración es un buen antídoto contra las tentaciones, especialmente contra la más fuerte de ellas, la ambición de poder.

Frei Betto (freibetto.org) es fraile dominico y escritor, autor de “*Un hombre llamado Jesús*”, La Habana, Editorial Caminos 2009; “*Quell’uomo chiamato Gesù*” – Bolonia, EMI, 2011.

(traducción de Federico Pastor Ramos. Revisión de Nivia Ivete Núñez de la Paz)